

Lunes, 1 de octubre de 2001

ENRIQUE GIL CALVO

Provocación

La difícil respuesta ante los atentados masivos del 11-S está mereciendo comentarios de todo tipo. Algunos resultan grandilocuentes, como aquellos descubridores del Mediterráneo que bautizan el nacimiento de una novedad histórica: la guerra-red contra el terrorismo-red. Pero así se olvidan de toda la anterior criminalidad política descentralizada que desde su misma fundación atentó contra el Estado-nación, como fueron las sectas anabaptistas de la modernidad temprana o mucho después el guevarismo de los sesenta, pasando por el terrorismo nihilista o anarquista que hace un siglo ensangrentaba Europa. Todos ellos eran actores políticos extraestatales pero a la vez descentralizados e internacionalistas, como hoy lo son las sectas islamistas. Por eso carece de sentido hablar de guerra, según ha señalado Mary Kaldor en estas páginas, pues no se trata de un ataque militar sino de criminalidad política a gran escala, cuyas acciones escapan a la jurisdicción estatal de los sistemas penales.

Otros análisis son más peregrinos, como los de aquellos izquierdistas que culpan a la satánica trinidad del capitalismo, la globalización y el imperialismo. Es verdad que en esta ocasión sus plumas más comerciales no se han atrevido a abrir una campaña contra la reacción estadounidense, como sucedió hace diez años con la guerra del Golfo. Pero no por eso dejan de insinuar que la responsabilidad por lo sucedido es de los Estados Unidos, añadiendo que la desigualdad económica y la injusticia histórica son causas que en última instancia explican el estallido criminal. Pues bien, nada de eso. Por una vez suscribo la declaración del presidente Aznar ante el Congreso, cuando señaló: 'Bin Laden no es la expresión de los pobres, como el terrorismo que tenemos aquí no es la expresión de ninguna demanda de libertades'. Y añadió: 'No podemos analizar las motivaciones que llevan a los terroristas a cometer sus fechorías', porque existe el peligro de 'echar la responsabilidad sobre las víctimas'.

Explicar el atentado del 11-S implica interrogarse sobre las causas de la criminalidad política. ¿Es la injusticia económica o la discriminación cultural la causa de la violencia? En este campo, la literatura especializada solía dividirse entre las explicaciones economicistas o las cultu-ralistas. Pero desde Charles Tilly sabemos que no se subleva quien quiere (porque tenga causas justificadas para ello), sino quien puede (porque dispone de los recursos para hacerlo). Por eso, como las armas las carga el diablo, según reza el refrán, quien disponga de recursos destructivos siempre acabará por utilizarlos, tenga o no causa que alegar para ello. Y en esta línea, hoy sabemos que las causas que inician los conflictos pueden ser de naturaleza diversa: sociales, territoriales, culturales, etcétera. Pero lo más decisivo es que, una vez iniciado el recurso a la violencia por cualquiera de las partes, el conflicto se independiza de sus causas, adquiere autonomía y cobra vida propia, pasando a reproducirse a sí mismo por un proceso de realimentación circular: es el llamado ciclo de la violencia, cuya escalada de acción-reacción resulta difícil de romper o desactivar. Por eso los terroristas o guerrilleros se convierten en señores de la guerra, sólo interesados en perpetuar la violencia para vivir de ella.

En este sentido, ¿cuál es la causa del masivo atentado del 11-S?. Sin duda, la criminal voluntad de poder de un actor político extraestatal, cuya demostración de fuerza ha reestructurado de un solo golpe el escenario geoestratégico. Joseba Zulaika describió las acciones de ETA como órdagos que rompen la continuidad del juego, anulando las bazas acumuladas por el adversario. Pues bien, eso ha sido el 11-S: un órdago que ha quebrado el equilibrio internacional, poniendo su reloj a cero. ¿Con qué objeto?. Sin duda, con el de provocar una represalia comparable, pues los Estados Unidos están obligados a responder, abriendo un nuevo ciclo de acción-reacción. Y lo más maquiavélico de esta provocación es que, al no reivindicar su autoría, impide toda respuesta proporcional. Pues los

Estados Unidos están obligados a dar respuesta a una provocación que ni se puede responder, porque no se sabe ante quién, ni se puede dejar de responder, entrando en un círculo de recurrente violencia infernal.

Lunes, 8 de octubre de 2001

Aprender de las lecciones del pasado

DAVID HELD Y MARY KALDOR

Los ataques contra las Torres Gemelas del World Trade Center y el Pentágono fueron un crimen global contra la humanidad. Las víctimas eran personas de todas las nacionalidades, etnias y credos religiosos. Los perpetradores eran una siniestra red transnacional de fanáticos, movidos por una poderosa mezcla de odio y creencias religiosas fuera de lugar. Como han señalado muchos expertos, no fue sólo un ataque contra las 6.000 personas o más que murieron; fue un ataque contra valores que amamos: la libertad, la democracia, el sistema de derecho y, por encima de todo, la humanidad.

Es necesario hacer toda clase de esfuerzos, incluida la acción militar, para eliminar la red y desacreditar totalmente su atractivo. Pero dichos esfuerzos no se deben equiparar a una guerra a la antigua usanza. Si no conseguimos comprender esto, nos arriesgamos a un ciclo interminable de violencia y de terror.

El presidente Bush describió los atentados como 'un nuevo tipo de guerra' y, de hecho, los atentados se pueden interpretar como una versión más espectacular de las guerras que hemos presenciado durante la pasada década en los Balcanes, Oriente Próximo y África. Estas guerras son muy diferentes de la II Guerra Mundial, por poner un ejemplo. Son guerras difíciles de acabar y difíciles de contener, en las que hasta ahora no ha habido victorias claras y sí muchas derrotas para aquellos que representan los valores de la humanidad y del bienestar humano. Hay mucho que aprender de estas experiencias y que está relacionado con la situación a la que ahora nos enfrentamos.

Vivimos en un mundo en el que los anticuados conflictos bélicos entre Estados se han vuelto anacrónicos. En la actualidad, aunque los Estados sigan siendo importantes, funcionan en un mundo menos moldeado por el poderío militar y más por complejos procesos sociales y políticos que afectan a instituciones internacionales, agrupaciones regionales, empresas multinacionales, movimientos sociales, grupos de ciudadanos y, naturalmente, a integristas y terroristas.

El perfil de esta 'nueva guerra' es característico porque la variedad de los grupos sociales y políticos involucrados ya no encaja en el patrón de la guerra clásica entre Estados; el tipo de violencia desplegada por los agresores terroristas ya no es llevada a cabo por los agentes de un Estado (aunque pueda haber Estados, o facciones de un Estado, que desempeñen un papel de apoyo); la violencia es dispersa y fragmentada, y está dirigida contra los ciudadanos; y los objetivos políticos se combinan con la comisión deliberada de atrocidades que suponen una violación masiva de los derechos humanos. Una guerra así no se hace por intereses de Estado, sino por identidad, celo y fanatismo religiosos. El objetivo no es obtener territorio, como sucedía en las 'viejas guerras', sino conseguir poder político a través de la propagación del miedo y el odio. La guerra en sí es una forma de movilización política en la que la experiencia de la violencia promueve las causas extremistas.

En la política de seguridad de Occidente hay una peligrosa disyunción entre el pensamiento dominante sobre la seguridad, que está basado en las 'viejas guerras', y la realidad sobre el terreno. La llamada revolución de los asuntos militares, el desarrollo de armamento de alta tecnología para hacer la guerra a distancia y las propuestas para una defensa nacional antimisiles estaban todas basadas en supuestos trasnochados acerca de la naturaleza de la guerra, la idea de que es posible proteger el territorio frente a los ataques de otros Estados. El lenguaje del presidente Bush, con su énfasis en la defensa de Estados Unidos y en la división del mundo entre 'los que están con nosotros y los que están contra nosotros', tiende a reproducir la ilusión, extraída de la experiencia de la II Guerra Mundial, de que ésta es una guerra entre Estados 'buenos' dirigidos por Estados Unidos y Estados 'malos' que acogen a terroristas. Un planteamiento así es muy peligroso. Hoy día, la victoria militar es muy difícil, si no imposible, porque las ventajas de una tecnología supuestamente superior se han ido reduciendo poco a poco. Como descubrieron los rusos en Afganistán y en Chechenia, los estadounidenses en Vietnam y los israelíes en el periodo actual, la conquista de territorio por medios militares se ha ido convirtiendo progresivamente en una forma obsoleta de hacer la guerra.

El riesgo de reaccionar ante el 11 de septiembre como si se tratase de una 'vieja guerra', de concentrar la acción militar sobre Estados como Afganistán o Pakistán, es el de ahondar más en el miedo y el odio, el de una 'guerra nueva' entre Occidente y el Islam, una guerra no entre Estados, sino dentro de cada comunidad, tanto en Occidente como en Oriente Próximo. Sin duda, los terroristas siempre tuvieron la esperanza de un ataque aéreo, que atraerá a más afiliados a su causa. Sin duda están esperando vivamente una división global entre los Estados que se pongan del lado de Estados Unidos y los que no lo hagan. Las redes islámicas fanáticas que probablemente fueron las responsables de los atentados tienen células en muchos lugares, entre ellos Gran Bretaña y Estados Unidos. El efecto de una reacción estilo 'vieja guerra' sería: la expansión de las redes de fanáticos, que podrían obtener acceso a armas horrendas, como, por ejemplo, gérmenes o incluso las armas nucleares paquistaníes; el aumento de los sentimientos racistas y xenófobos de todo tipo y el fomento del conflicto y la tensión en muchos lugares diferentes; el incremento de los poderes represivos justificados en nombre de la lucha contra el terrorismo. Los ganadores serán los empresarios de la violencia, los fanáticos islámicos, por un lado, y los que fabrican misiles de crucero y demás tecnología militar, por el otro. Los perdedores serán las personas corrientes de todas partes.

El único planteamiento alternativo posible es uno que contrarreste la estrategia del odio y el miedo con otra para ganarse los corazones y las mentes. Lo que se necesita es un movimiento a favor de la justicia y legitimidad globales, no estadounidenses, cuyo objetivo sea establecer el sistema de derecho en lugar de la guerra y promover el entendimiento entre comunidades en lugar del terror. Un movimiento así podría hacer presión ante Gobiernos e instituciones internacionales para lograr tres cosas básicas:

1. Un compromiso con el sistema de derecho, no con la guerra. Los civiles de todos los credos y nacionalidades deben ser protegidos, dondequiera que vivan, y los terroristas deben ser capturados y llevados ante un tribunal internacional, que podría seguir el modelo de los tribunales de crímenes de guerra de Núremberg o de Yugoslavia. Los terroristas deben ser tratados como criminales, y no como adversarios militares. Esto no impide una acción militar sancionada a escala internacional, tanto para arrestar sospechosos como para dismantelar redes de terroristas. Pero una acción de este tipo debe ser entendida como una forma más enérgica de llevar a cabo tareas policiales y, por encima de todo, como un método para proteger a los civiles y apresar a los criminales. Más aún, este tipo de acción debe acatar escrupulosamente tanto las leyes de la guerra como las de los derechos humanos.

2. Se debe emprender un esfuerzo masivo para crear una nueva forma de legitimidad política global, que perseguiría el descrédito de las razones por las que se considera a Occidente egoísta, parcial, selectivo e insensible. Esto implicaría la reanudación de los esfuerzos de paz en Oriente Próximo, conversaciones entre Israel y Palestina, condena de todas las violaciones de los derechos humanos en la región y un replanteamiento de las políticas hacia Irak, Irán y Afganistán.

3. Un reconocimiento a priori de que las cuestiones éticas y de justicia planteadas por la polarización global de la riqueza, la renta y el poder, y con ellas las enormes asimetrías en las opciones vitales, no es algo cuya resolución pueda dejarse en manos de los mercados. Los que son más pobres y más vulnerables, que están atrapados en situaciones geopolíticas que se han desentendido de sus reivindicaciones económicas y políticas durante generaciones, siempre serán terreno abonado para los reclutadores de terroristas. El proyecto de la globalización económica tiene que ir unido a unos principios manifiestos de justicia social; y la economía mundial tiene que estar enmarcada en un nuevo bienestar social y en unas nuevas normas y condiciones medioambientales.

La pieza central de la justicia global y de la legitimidad política tiene que ser un movimiento popular que difunda los valores de la pluralidad cultural, los derechos humanos y el sistema de derecho, y que pueda atraer a gente de todas las culturas. Todas las personas de todos los países tienen un papel que desempeñar a la hora de unir a la gente, protegerla y tender la mano, especialmente a los musulmanes, pero no sólo a ellos.

En el momento presente, el peligro es que nuestros líderes políticos reaccionen según formas anacrónicas de pensar con respecto a la guerra y, en el ardor del momento, empeoren la situación todavía más con el uso absurdo de un lenguaje y una conducta propios de vaqueros: dadnos a nuestros enemigos 'vivos o muertos'. Las consecuencias podrían ser incluso más terribles de lo que ahora podemos imaginar. La alternativa es reconocer la novedad de la situación actual, aprender las lecciones de otras 'nuevas guerras' más pequeñas y las profundas dificultades de alcanzar una victoria militar que tenga sentido, involucrar a la gente en un proceso político y no militar, y asegurarse de que los medios y los fines políticos se engranan en la búsqueda de la justicia. No es una alternativa fácil, pero a la larga es la única esperanza.

Un nuevo pacto global para la justicia y la paz tiene que reemplazar a la política de los fanáticos, los vaqueros y las turbas de linchamiento.

David Held es titular de la Cátedra Graham Wallas de Ciencias Políticas en la London School of Economics (LSE); Mary Kaldor es directora del Programa de la Sociedad Civil Global en la LSE.

Viernes, 26 de octubre de 2001

Ciudadanos de los EE UU

EMILIO LAMO DE ESPINOSA

Emilio Lamo de Espinosa es catedrático de Sociología en el Instituto Universitario Ortega y Gasset (Universidad Complutense).

La crisis abierta por los atentados del 11 de septiembre pilló por completo desprevenido a todo el mundo. A los servicios de inteligencia y a los analistas, incapaces de estimar la enorme simplicidad de la operación, que necesitó sólo unas pocas docenas de guerreros-suicidas determinados y unos pocos cientos de millones de pesetas. A las autoridades de Estados Unidos, que se apresuraron a declarar la guerra sin saber quién era el enemigo. A la propia OTAN, que estrena el artículo 5 del tratado, no para blindar el telón de acero ante las tropas del Pacto de Varsovia, sino para hacer frente al 'terrorismo afgano', de difícil encaje en el marco del Atlántico Norte y que modifica radicalmente el sentido de la Alianza. Todo ello muestra desorden, precipitación y confusión, síntomas indudables de una situación nueva que no se sabe bien cómo abordar. Pero a trancas y barrancas, entre vacilaciones y dudas, es indudable que se está abriendo un nuevo marco de relaciones internacionales con consecuencias de todo tipo. Veamos algunas.

Y la primera y más obvia es la de poner de manifiesto, hasta casi exacerbar, el poderío de los Estados Unidos, bajo cuya sombra todos queremos cobijarnos, sea por convencimiento o por miedo. Que casi todos los países árabes, Rusia, China o incluso el mismísimo Fidel Castro, se sumen de uno u otro modo a la coalición antiterrorista no es trivial. Hace pocos años circularon con éxito algunos ensayos que auguraban el fin del Imperio americano. Y sin duda lo tendrá, pero más parece que estamos presenciando sus horas de mayor gloria. Y así, a estas alturas es manifiesto nada menos que todo lo siguiente: 1.- que sólo hay un ejército en el mundo capaz de intervenir en cualquier lugar del mundo; 2.- que ese ejército, sea cual sea el lugar en el que intervenga, carece de contrincante plausible; 3.- que incluso una coalición cualquiera de enemigos seguiría sin ser contrincante plausible; 4.- que, por ello mismo, no es ya posible una guerra mundial; 5.- que sólo son posibles guerras locales en tanto en cuanto éstas sean beneficiosas, permitidas o menospreciadas por Estados Unidos (como ocurre actualmente en Palestina); 6.- que, finalmente, toda guerra local es una guerra civil mundial que afecta a todos, pero en primer lugar a los Estados Unidos. Cuando sobre un territorio hay un solo poder y un solo ejército, aun cuando haya autoridades políticas subsidiarias, estamos ante una estructura imperial, como lo fue el Imperio Otomano o el Raj británico. Sólo que ese territorio es ya el mundo entero. Demos gracias al destino de que a ese poder dominante le preocupan la democracia y los derechos humanos tanto como a nosotros, si no más, pues, en alguna medida, somos ya todos ciudadanos de los Estados Unidos, más allá de nuestra escasa capacidad para influir como votantes en su mal llamada 'política exterior'.

Pero el triunfo de la 'República Imperial', como la llamaba Raymond Aron, es también el fin del aislamiento estadounidense. La globalización funciona en todas direcciones y los Estados Unidos (o Europa) ya no pueden ser una isla, pues tanto como ellos están en todo el mundo, todo el mundo se les ha colado en casa. Bajo los escombros aún humeantes del Centro del Comercio Mundial yacen ciudadanos descuartizados de más de 60 países. Y no sólo los asesinados, también los asesinos se ramifican en redes que abarcan más de dos docenas de países, y muchos de ellos estaban viviendo confortablemente en las costas de Florida hacía años. Para toparse con el Tercer Mundo no hace falta coger avión alguno, basta dar un paseo por nuestras ciudades. La nueva amenaza terrorista no es un producto ajeno a nuestras sociedades y trasplantado desde remotas aldeas de salvajes montañas exóticas. Son ciudadanos de clase media, educados en Hamburgo o Suecia, que hablan varios idiomas y trabajan entre nosotros. Ciudadanos cosmopolitas que, por eso, y no por su atraso, se enfrentan con el cosmopolitismo. No nos asalta el pasado, sino el futuro.

Y por ello este combate se juega según las reglas del terrorismo, única estrategia que puede dejar obsoleto el poder tecnológico-militar de los Estados Unidos. La 'nueva guerra' (Mary Kaldor) es una mezcla de la vieja guerrilla y del crimen organizado que aprovecha la extraordinaria vulnerabilidad de las sociedades accidentales. Podemos bombardear Afganistán una y otra vez y conseguir bien poco pues, pegados al terreno, los talibán son débiles, pero poco vulnerables. Nosotros somos fuertes, pero altamente vulnerables. Los aviones de United Airlines podían haberse dirigido a la

presa Hoover o a una central nuclear, y habrían causado una catástrofe aún mayor. Nuestras conurbaciones son altamente vulnerables al terrorismo biológico. Por no hablar de la vulnerabilidad informática de todos los sistemas expertos que, como prótesis sociales, soportan nuestras rutinas, y cuyo mal funcionamiento dejaría fuera de órbita aviones, trenes, centrales nucleares, radares o teléfonos, artilugios sin los cuales no podemos ni sabemos funcionar.

Frente a la constatación del Imperio y de su vulnerabilidad al terror, lo tercero que emerge patente y más patético que dramático es la enorme debilidad de Europa, que se pliega el uso de la OTAN sin discusión alguna y aprueba en Bruselas cuanto sea necesario. Blair ha tenido que transformarse casi en portavoz del Gobierno de Bush para conseguir protagonismo. El resto de los jefes de Estado o presidentes se han limitado a correr a Washington a dar el taconazo. Y la pregunta relevante es: ¿podían haber hecho otra cosa? De modo que, a pesar de las perspectivas abiertas por la caída del muro de Berlín y del proyecto de ampliación al Este, Europa gravita de nuevo hacia el Atlántico buscando seguridad, como ocurre una y otra vez con cada crisis de alcance militar. Es también inevitable, pues Europa, que es un gigante comercial y económico y un peso pesado político, es un enano militar que se niega a asumir el coste de su propia defensa (curiosamente el mismo papel que se le reservó a Alemania tras la Segunda Guerra Mundial). Debería recordar lo que Hegel expresó con rotundidad al comienzo de la Fenomenología del Espíritu: sólo merece ser libre quien está dispuesto a jugarse la vida en ello. De modo que sólo metafóricamente podemos decir que Europa es el aliado de los Estados Unidos, pues el término alianza implica la fusión de poderes relativamente simétricos y los tiempos de De Gaulle yahan pasado. Como escribía hace poco Garton Ash, la gente de los Balcanes le hablaba de 'la comunidad internacional, es decir, los Estados Unidos'...Y no es un error.

La cuarta consecuencia es que la mal llamada 'guerra de civilizaciones', como la maldición de las brujas de Macbeth, lleva camino de ser una fatídica profecía que se autocumple. Los análisis iniciales de lo ocurrido el 11 de septiembre apuntaban a la conexión entre Bin Laden y la Intifada palestina, pero esta correlación, tan útil para Israel, olvida la variable de fondo que sobredetermina a ambas: todo el mundo musulmán, y no sólo el árabe, es una olla a presión, desde Marruecos a Indonesia. Demografía galopante, urbanización acelerada y brutal, des-tradicionalización y (pseudo) modernización que rompe el tejido social y las costumbres, falta de educación, todo ello caldo de cultivo de todo tipo de mesianismo y malestar. Cualquier error o equivocación puede hacer estallar ese polvorín como una traca gigantesca. Bienvenido, pues, el cambio de actitud hacia los palestinos o el matiz de que los terroristas son sólo eso, y no necesitan adjetivos. Pero no nos es dado definir la realidad para los otros, y son miles de millones los musulmanes que ya han definido este conflicto como una guerra entre Occidente y el Islam. Y ciertamente, si pretendemos evitar esta confusión habrá que hacer algo más que declaraciones como, por ejemplo, mejorar la política de inmigración o abrir nuestras fronteras a sus productos.

Lo cual nos afecta muy directamente a los españoles, pues el Mediterráneo aflora como nueva frontera conflictiva que sustituye la del Este, y en la que somos la vanguardia, el mismo papel que la península Ibérica ya cumplió durante varios siglos. No del todo olvidados. 'No toleraremos que el drama de Al-Andalus se repita en Palestina', declara Al Zawahiri, la mano derecha de Bin Laden. Junto a la frontera del Río Grande, el Mediterráneo es la segunda zona de confrontación más brutal entre miseria y riqueza, entre alta y baja natalidad. Los Estados Unidos, que lo saben, pusieron en marcha el NAFTA y más tarde el ALCA. Los europeos, por el contrario, hemos dejado languidecer el diálogo mediterráneo de Barcelona. España debe aprovechar la próxima presidencia europea para intentar deshinchar ese globo ideológico y transformar de nuevo la frontera en puente.

La gran incógnita de futuro se traslada, pues, al protagonista indiscutible, los Estados Unidos. La mundialización necesita gobernabilidad política capaz de domar sus excesos, y una de las buenas consecuencias de esta crisis es haber puesto de nuevo en el centro a la política y al Estado. Ciertamente, todo o casi todo es ya mundial: la economía, la comunicación, la ciencia, el arte, la

defensa y la seguridad, incluso la política. Todo, menos el Estado democrático, que sigue siendo local. Es cierto que la actual intervención ha contado con el apoyo rotundo de Naciones Unidas, pero la tentación de pasar por encima será tanto más fuerte cuanto más dejemos que el peso de la gobernabilidad mundial recaiga sólo en los Estados Unidos, pues quien paga el precio se lleva la mercancía. Pero al tiempo, la deslegitimación de las Naciones Unidas y sus instituciones es, para todos, incluidos los Estados Unidos, pan para hoy y hambre para mañana, pues, por inadecuada que sea la estructura de su Consejo de Seguridad, no tenemos otra cosa y representa el principio del Derecho frente al de la simple fuerza, aunque sea legítima.

Recuerdo haber leído hace años un artículo del gran sociólogo norteamericano William Graham Sumner publicado con ocasión de la guerra del 98 contra España y que he podido encontrar de nuevo, cómo no, gracias a Internet. Se titulaba La conquista de los Estados Unidos por España (puede verse en Yale Law Journal, enero de 1899) y aludía irónicamente a que el imperialismo norteamericano, naciente con aquella guerra, significaba la conquista espiritual de América por el viejo imperialismo español. Hemos vencido a España en el conflicto militar pero estamos aceptando ser conquistados por ella en el campo de las ideas y las políticas. Los Estados Unidos están de nuevo en ese dilema y corren el riesgo de acabar pareciéndose a sus enemigos y perder la libertad en la lucha por la libertad. Evitarlo es simple: deben seguir los principios de su propia Constitución y poner el Derecho por delante de la fuerza, dentro y fuera de su territorio. Ésa ha sido siempre, por lo demás, su verdadera fuerza.

Domingo, 13 de enero de 2002

Solana anuncia que este año Europa ya podrá intervenir en acciones de paz con fuerzas propias

Políticos y expertos analizan en Barcelona el papel de Europa en las crisis bélicas

ENRIC COMPANY | Barcelona

Javier Solana, alto representante de la Unión Europea (UE) para la política exterior y de seguridad, defendió ayer en Barcelona la actuación de Europa en el mundo como 'un conjunto de países con objetivos civiles que se ha dotado de capacidades militares para la gestión de crisis'. Solana afirmó que la UE podrá participar ya en 2002 como tal con fuerzas propias en misiones de paz. Esto representa el adelanto de un año respecto al calendario previsto.

El papel de Europa en el mundo globalizado, en el que Estados Unidos tiende a actuar como única gran potencia, fue discutido ayer en Barcelona por una veintena de personalidades, en un seminario preparatorio del Forum Universal de las Culturas de 2004.

La intervención de Solana fue uno de los principales ejes de discusión en el seminario, titulado Guerra y paz en el siglo XXI. Además de defender la actuación de la UE en Afganistán y Oriente Próximo para hallar salidas políticas a conflictos planteados en clave militar, Solana advirtió que si no se sigue esta vía la alternativa es un aumento de los gastos militares. Pero ésta no es, subrayó, la vía que quieren seguir los países europeos. Solana defendió que Europa mantenga un activo papel en el mundo en defensa de los valores de paz, libertad, diálogo y democracia y sea 'un referente' para las sociedades que anhelan vivir de acuerdo con ellos.

En contra de la concepción preponderante durante años, según la cual Europa debía aspirar a convertirse en una potencia a escala mundial equiparable a Estados Unidos, la concepción que ayer se abría paso es la de que la UE debe tener aspiraciones distintas. No se trata ya de disponer de una fuerza militar pensada para imponerse en guerras, como en el pasado, sino para intervenir

como fuerza de paz donde haya conflictos. En cualquier caso, el punto de vista de Solana es que 'ha habido y habrá' un alto grado de coincidencia entre Europa y Estados Unidos, como ha sucedido a raíz de los atentados del 11 de septiembre en Nueva York.

En el seminario participaron entre otros el ministro de Exteriores de Finlandia, Erkki Tuomioja; los profesores Manuel Castells, de la Universidad Abierta de Cataluña; Ulrich Beck, de la Universidad de Munich; Mary Kaldor, de la London School of Economics; Alain Touraine, de la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales de París; Martin Carnoy, de la Universidad de Stanford; Andrés Ortega, editorialista de EL PAÍS, y el líder del grupo socialista en el Parlament, Pasqual Maragall. La apertura corrió a cargo del alcalde, Joan Clos, y el cierre a cargo de Narcís Serra, en nombre de la Fundación Cidob, organizadora del seminario.

Domingo, 25 de noviembre de 2001

MUNDO FELIZ | MARGARITA RIVIÈRE

Cosmopolitas y aldeanos

Atención: hay que detenerse un minuto a considerar el redescubrimiento, en este mundo global que nos rodea, del cosmopolitismo antes de que nos lo vuelvan a devaluar. En pocas semanas, gentes como la politóloga británica Mary Kaldor (autora de *Las nuevas guerras*, editado por Tusquets) y el sociólogo alemán Ulrich Beck (véase su *Nuevo mundo feliz*, editado por Paidós) son contundentes en su demanda de ideas y comportamientos cosmopolitas.

Que esto se produzca en un mundo que se tiene a sí mismo por global no deja de ser paradójico para aquellos que confunden la globalidad y la mundialización económica con el cosmopolitismo, y la uniformización con lo universal. Es fácil predecir que esta confusión comportará pronto -cuando todos se apunten al cosmopolitismo, porque ¿quién quiere hoy ser pueblerino?- mayúsculos enredos. Conviene, pues, tomar elementales precauciones. La confusión sobre lo global, por ejemplo, es ahora mismo de antología, ya que se da por hecho que es un fenómeno actualísimo, cuando llevamos, por ejemplo, casi un siglo globalizándonos a través del cine norteamericano. El redescubrimiento del cosmopolitismo, de la mano de significados intelectuales europeos, puede, de igual manera, convertirse en una trampa saducea si no tenemos claro de qué estamos hablando.

Mary Kaldor observa 'una nueva división política entre el cosmopolitismo, basado en valores incluyentes, universalistas, multiculturales, y la política de las identidades particularistas'; ella habla de 'guerras entre el exclusivismo y el cosmopolitismo', nada menos. Y Beck -en un reciente artículo en EL PAÍS- reclama no sólo 'unir la mundialización económica a una política cosmopolita', sino 'una transformación de los Estados nacionales en Estados cosmopolitas'. Kaldor y Beck -a quien debemos la idea de 'la sociedad del riesgo'- no son los únicos: Europa añora la vieja idea griega de los ciudadanos del mundo, aquellos que 'consideran todo el mundo como patria suya'. Y los franceses ya hablan de democracia cosmopolita, probablemente para oponerla a la democracia pueblerina -la que no ve más allá de su nariz, sea ésta norteamericana, española, catalana o talibán- que caracteriza lo que el profeta McLuhan llamó, con razón, 'aldea global'. La aldea global, ahora mismo, es la que centra su existencia en un modelo único de cultura, de vida, y es incapaz de entender la pluralidad universal de los humanos.

Ser ciudadano del mundo o aldeano global no es, desde luego, lo mismo. Ser aldeano o ciudadano son también cosas distintas. Igual que no es lo mismo protestar porque ese niño mago llamado Harry Potter hable en catalán o en inglés -una discusión claramente pueblerina- que la decisión, ciudadana, de que los impuestos -es decir, el dinero de todos- consiga que este fenómeno de masas hable en catalán. Que los ciudadanos se equivoquen en decisiones como ésta indica ya con claridad el avance de lo pueblerino en lo más cotidiano. El aldeano, quizá, siente mucho y piensa poco: lucha por lo suyo, ofrece egocentrismo (es como un culé ejemplar). El ciudadano, siente y

piensa en equilibrio: se tiene, aunque se equivoque, por responsable sincero y humilde de lo colectivo (de éstos hay bastantes menos en cualquier sitio).

En resumen: la aldea se preocupa por sí misma y nunca será cosmopolita; la ciudadanía se preocupa por lo de todos y, así, da un primer paso hacia el cosmopolitismo. El imperialismo es aldeano; el respeto a la pluralidad es cosmopolita. Por todo ello, cuando escuchamos hablar de patriotismo -otro tema de moda, por cierto- vale la pena imaginar dos nuevas posibilidades: la del patriotismo pueblerino y la del patriotismo cosmopolita. Sus consecuencias están a la vista: la guerra o la paz.